

EUROPA A LA VISTA

Ralph Miliband.-Programa de una política laborista *

Los dos artículos que incluimos dentro de nuestra sección de «Europa a la vista» han sido traducidos de la «Revue Internationale du socialisme», año 1, número 3, junio 1964. Expresamos nuestro agradecimiento a la citada Revue y a sus autores por la autorización de la versión castellana.

Nadie duda ya en Gran Bretaña que el partido laborista ganará las próximas elecciones generales de octubre. De hecho, si las elecciones han sido literalmente aplazadas hasta el último momento, ha sido porque los líderes conservadores han tratado de diferir hasta el límite una confrontación de la que muchos de ellos esperan un resultado desastroso. Este plazo les daría la última oportunidad de que se produjese un milagro que transformase la situación política y diese nuevas oportunidades al partido conservador. Esta esperanza se hace cada vez más débil a medida que pasan los meses. Excepcionalmente el caso, siempre posible, de un azar imposible de prever, la victoria electoral no debería escapársele una vez más de las manos al partido laborista. En octubre próximo, después de haber permanecido durante más de trece años en la oposición, el partido laborista debería estar en el Gobierno y M. Wilson instalado en el n.º 10 de Downing Street, con una confortable mayoría en los Comunes. Esta convicción es tan general que desde hace algún tiempo ya M. Wilson es considerado por la opinión pública no como líder de la oposición, sino como Primer Ministro.

Existe la convicción general de que la probabilidad de una victoria laborista es debida no tanto a un giro dramático del cuerpo electoral, al dar éste sus votos al partido laborista, como a una desmoralización profunda

* RALPH MILIBAND, profesor de la London School of Economics, autor de *Parliamentary Socialism*, y co-director del *Socialist Register 1964*, traza un cuadro de

las perspectivas políticas del Partido Laborista, en víspera de las elecciones de las que saldrá, según toda probabilidad, un gobierno laborista.

dentro de las filas conservadoras y al sentimiento, cada vez más agudo, de que los conservadores han perdido el dominio de la situación. Es cierto que el partido laborista ha sido hábilmente dirigido durante este último período y que ha manifestado más energía y voluntad de acción que en el pasado; también ha logrado superar sus luchas, sus tensiones internas, y da la impresión de actuar según una voluntad unánime sobre la base de una política aceptada por todos. Todo esto ha contribuido ciertamente a aumentar su prestigio. Pero los hechos tienden a mostrar que la transformación real durante este último año ha consistido menos en un refuerzo del partido laborista que en un desencanto profundo en los electores conservadores.

Sería, sin embargo, un grave error subestimar la importancia de este cambio a causa de este aspecto negativo. El desencanto tiene su importancia. La memoria política, como es sabido, es breve; sin embargo hace sólo cinco años que los Tories celebraban una hazaña sin precedentes en la historia política británica: ganar las elecciones por tercera vez consecutiva, y aumentar al mismo tiempo su mayoría parlamentaria. A esta victoria se le atribuyó inmediatamente la más amplia significación política, ideológica y sociológica. Los conservadores, se dijo entonces, habían descubierto el secreto de una regeneración perpetua. Con el nacimiento de la sociedad de la "abundancia", el continuo aburguesamiento de los ingleses garantizaba al partido conservador un período indefinido de poder. Se descubrió que el alejamiento del cuerpo electoral con respecto a los partidos obreros era una tendencia secular, y una serie de encuestas revelaron que la nueva generación de electores estaba naturalmente a favor de la sociedad de la acumulación y por tanto a favor del partido que mejor representaba esta ética. No fueron sólo los Tories los que dieron a su victoria unas resonancias tan terribles para los laboristas. Algunos "revisonistas" en el seno del propio partido laborista se apresuraron a utilizar la derrota electoral del partido como trampolín para su campaña en favor de una revisión de los objetivos del partido, en particular lo referente a las nacionalizaciones. Unicamente, pretendían, un partido que aceptase adaptarse a una sociedad "poscapitalista" podría aspirar a adquirir cierta influencia sobre el cuerpo de electores; esta creencia fué la que indujo a Hugh Gaitskell a tratar de anular, o por lo menos de endulzar, la cláusula sobre las nacionalizaciones, cláusula 4.^a, en los Estatutos del partido laborista. Pero muchos que rechazaban la ideología y la política de los revisionistas estaban no obstante dispuestos a creer que el cuerpo electoral había sido de tal modo seducido por el partido conservador y su filosofía que el partido laborista debía resignarse a un período indeterminado en la oposición.

Es importante recordar estas interpretaciones y estas previsiones, ya que permiten valorar el cambio del clima político a lo largo de estos últimos años y la distancia que separa las tesis conservadoras de entonces y las de ahora. El cambio sobrepasa con mucho los reveses recientes del partido tory: refleja un fenómeno más profundo, la pérdida de confianza por parte de los propios tories en una dirección conservadora de la vida económica del país. Esta pérdida de confianza es tan grave que los conservadores no han podido impedir que las divisiones de sus líderes salgan a la luz, a pesar del interés evidente que había en conservar por lo menos una apariencia de unidad durante el período pre-electoral. Desde su vuelta al Gobierno en 1951,

y de un modo cada vez más provocante, los conservadores vienen proclamando que "el liberalismo conservador funciona", y han hallado gran eco, incluso dentro del partido laborista. Ahora ya no es así. Por el contrario, después de todos estos años de gobierno conservador es aún más evidente que Gran Bretaña se vea afligida por cierto número de males económicos y sociales que revelan carencias estructurales y que el "liberalismo conservador" en lugar de remediarlas las agrava. Fue, en efecto, la conciencia de estos males, en los propios conservadores, la que les indujo a buscar el remedio en una participación en el Mercado Común. Tras el fracaso de esta gestión, los portavoces oficiales uno tras otro, han indicado un amplio conjunto de problemas urgentes cuya resolución requiere evidentemente un control social, un reparto y un empleo racional de los recursos, completamente independientes de las categorías de los beneficios privados. La conversión gubernamental hacia la "planificación" es en sí el índice de una diferencia entre la confianza arrogante de 1959 y las explicaciones defensivas, las promesas frenéticas de 1964. Esta pérdida de confianza es quizá el elemento esencial de la situación política actual. Indica el final de una era, de una fase determinada en la historia del capitalismo británico del siglo XX; ya no volverá aquella edad de oro del régimen MacMillan. Y la derrota electoral de los conservadores, cualquiera que sea la causa, no puede dejar de marcar una etapa política esencial. Después de todo el partido conservador ha sido el partido de gobierno por excelencia en Gran Bretaña. Los conservadores han gobernado solos o en una coalición dirigida por ellos, durante toda esta última mitad del siglo, excepto ocho años aproximadamente. El único gobierno laborista mayoritario que haya sido jamás elegido (salvo las elecciones de 1950), debió su existencia a la gran ola de radicalismo que la guerra produjo. Un gobierno laborista, con una mayoría parlamentaria segura, en condiciones normales de tiempo de paz, sería un acontecimiento sin precedentes, cualquiera que sea la causa: adhesión popular positiva o pérdida de confianza en los conservadores.

Pero aunque hay que reconocer francamente el factor de desafecho hacia los conservadores no hay tampoco, que subestimar la adhesión hacia el partido laborista. Es evidente que, frente a una dura oposición conservadora, un gobierno laborista necesita una fuerte adhesión de masas. El mal momento actual de los conservadores no significa que el conservadurismo haya dejado de ser una fuerza extraordinariamente poderosa en Gran Bretaña, fuerza económica, política, administrativa y psicológica. Después de las elecciones que llevarán al gobierno al partido laborista, esta fuerza se reorganizará y pondrá en acción todo lo necesario contra lo que los conservadores no pueden dejar de considerar como una violación de la ley de la naturaleza. Y un gobierno laborista actualmente no puede contar con el apoyo de una poderosa ola radical; se le apoyará y seguirá en función de sus acciones, de su política. Hasta ahora sus actos no han suscitado gran entusiasmo, ni producido una gran impresión, y esto es un handicap para el futuro gobierno laborista. Es también una fuente de ambigüedad en las proposiciones y en la actitud actuales del partido. Los líderes laboristas han preferido deliberadamente atenerse a proposiciones vagas, por lo menos en parte, para evitar herir o asustar demasiado a la gente. Pero la ambigüedad tiene también motivos orgánicos, políticos y otros, inherentes a la situación

política actual; la manera en que será resuelta esta ambigüedad (pues habrá que resolverla) determinará el carácter y los objetivos del gobierno.

M. Wilson y sus colegas han dicho con toda claridad que el objetivo primordial de un gobierno laborista habrá de ser la consolidación de la situación económica británica, y que los medios de base para ellos eran, según él, un programa de intervención gubernamental mucho más intenso en los asuntos económicos. Un gobierno laborista tendería a usar de la "programación" mucho más intensamente de lo que se atreverían a hacerlo los conservadores, incluso dentro de su tendencia actual al intervencionismo. Incluso en este caso, la "programación" laborista seguiría siendo esencialmente "indicadora" y se limitaría a aconsejar y proteger a la industria privada. De hecho, el "sector privado", o por lo menos su parte menos "eficiente" y "dinámica" podría esperar de un gobierno laborista una ayuda muy generosa, en forma de subvenciones, exención de impuestos, subsidios, etcétera, todo lo que pueda incitar a la industria privada a colaborar con el gobierno. El margen de cooperación que ésta concedería a cambio al gobierno, dependería sin duda del precio que el gobierno aceptase pagar, y todo hace pensar que éste sería elevado y que comprendería la exigencia de una actitud gubernamental "razonable" respecto a los beneficios.

Esta cláusula tiene una evidente conexión con uno de los puntos esenciales del programa laborista; es decir, la puesta en obra de una "política de rentas", que es también el objetivo de los conservadores desde hace algunos años, aunque éstos se han mostrado incapaces de realizarla. Los portavoces laboristas, con M. Wilson al frente, han afirmado en diversas ocasiones que la política de rentas debería concernir a los beneficios y a los precios tanto como a los salarios; hasta ahora, no hay ninguna prueba de que la "política de rentas" sea algo más que un eufemismo para designar una política de restricción de los salarios. Los líderes sindicales han declarado categóricamente que no aceptarían ninguna restricción de los salarios, pero es probable que un gobierno laborista ejercerá todas las presiones de que dispone para persuadir a sus partidarios sindicalistas a que le ayuden en su política económica; y quizás pueda conseguirlo por cierto tiempo si logra demostrar que hace algo para "contener los beneficios excesivos". Pero tendrá que mostrar una voluntad más decidida que la que han reflejado hasta ahora los discursos de los líderes laboristas, si pretende realmente derribar las estructuras retrógradas de la distribución de la renta y de la propiedad, características de los últimos diez años. Este intento tropezaría inmediatamente con la necesidad de asegurarse la cooperación de la industria privada. Los líderes laboristas pueden tratar de resolver este dilema mediante la intervención en ciertas formas de beneficio y de riqueza como los alquileres exagerados y la especulación de terrenos. Aunque el gobierno consiga con ello alguna ventaja en sus relaciones con los sindicatos, no es esto precisamente lo que podríamos llamar una "política de rentas".

Por lo que se refiere a la propiedad del Estado, la única industria de la que el partido laborista pretende hacerse cargo es la del acero; es probable que la renacionalización del acero sea una de las primeras medidas que tomará el futuro gobierno laborista. Además el partido laborista se ha comprometido a crear un sistema "integrado" de transportes públicos, incluyendo quizá la renacionalización de los transportes a larga distancia por carretera;

también ha sido propuesta la adquisición progresiva de solares urbanos. Pero el sector donde el gobierno laborista emprenderá decididamente con todo el entusiasmo (el poco entusiasmo) de que es capaz, la vía de las nacionalizaciones es otro: la creación de empresas del sector público, en "polos de desarrollo" de la economía, empresas que deberán actuar como empresas piloto, o bien, aunque es menos probable, competir con las firmas ya existentes. El propio M. Wilson ha indicado en diversas ocasiones que concedía la mayor importancia a estos planes, que han de constituir un elemento importante de la política industrial del gobierno laborista.

No es necesario detenerse a considerar si la realización de este programa transformaría la estructura de la economía británica. Es evidente que no. Pero una puesta en práctica "máxima" de este programa, una mejor utilización del sector público serviría de base para progresos más ambiciosos. Por el contrario su aplicación "mínima" tendería a desacreditar la idea de una futura propiedad pública (para algunos líderes laboristas, esto no sería ninguna tragedia) y daría toda la iniciativa, en cuanto a la política industrial al sector "privado". ¿Cuál de estas dos posturas adoptará el gobierno laborista? Todavía no hay nada seguro, aunque no hay ninguna duda sobre la dirección que muchos de los líderes laboristas "preferirían" tomar. La defensa mitigada de la proposición de renacionalizar el acero, frente a una amplia campaña de anti-nacionalización hábilmente llevada por el capitalismo del acero y de las demás industrias, no es precisamente indicio de una firme decisión de evitar los errores del anterior gobierno laborista, y de hacer irrevocablemente de la siderurgia parte integrante del sector nacionalizado.

Hallamos la misma ambigüedad respecto a muchas otras reformas a las que se ha comprometido el partido laborista. Se ha prometido una necesaria extensión de los auxilios sociales y sanitarios, así como un esfuerzo en favor de los alojamientos. Se ha asegurado también que se tomarían medidas de control de los alquileres y de garantía de arriendos. Finalmente la extensión y reforma de la enseñanza en todos sus niveles se ha convertido en una importante cuestión política en Gran Bretaña, y el partido laborista ha repetido que el progreso en el terreno de la enseñanza sería una de las preocupaciones esenciales del gobierno laborista. Asimismo, M. Wilson que es altamente consciente de la importancia de la ciencia y de la tecnología en la vida económica, ha afirmado muchas veces que un gobierno laborista deberá hacer un gran esfuerzo para el desarrollo y la aplicación de la investigación científica.

Estas propuestas y otras dirigidas hacia la mejora y la reforma de condiciones (reforma penal por ejemplo y abolición de la pena de muerte) constituyen un programa respetable para un gobierno de espíritu radical. Y el hecho de que los conservadores hayan emprendido reformas en el mismo sentido no lo hace menos respetable. Pues la cuestión es precisamente saber cómo y con qué espíritu serán realizadas estas promesas y con qué contenido específico. Sin duda alguna las proposiciones laboristas no van bastante lejos. Pero para un gobierno laborista la cuestión que se plantea es la del celo y la voluntad, así como el estado de espíritu con que pondrá en práctica sus compromisos.

En el terreno de los asuntos exteriores y de la defensa, el rasgo esencial

de la política laborista no es tanto su ambigüedad (si aún existe) como su impotencia para aportar ideas nuevas, para salir de unos cauces admitidos desde hace tiempo.

Han sido precisamente los conservadores quienes, al sostener hasta el ridículo que Gran Bretaña es efectivamente una gran potencia nuclear, han ofrecido a los laboristas una oportunidad para asegurar por contraste su dominio sobre la realidad de los hechos. Una de las diferencias esenciales entre la plataforma laborista de 1959 y su programa actual consiste en que los líderes laboristas admiten que Gran Bretaña no es, seriamente hablando, miembro del "club nuclear" y no tiene un "deterrent" nuclear convincente. El primer ministro actual puede sin duda creer que la Inglaterra actual es una potencia nuclear independiente, pero también es quizá él el único que lo cree.

El tiempo ha impuesto a Gran Bretaña el desarme nuclear unilateral, ya que la bomba V inglesa se hace cada vez más arcaica y ha perdido toda eficacia. Un gobierno laborista no destruirá la bomba V, pero tampoco tratará de sustituirla ni por un arma nacional, ni tampoco por un arma americana como los Polaris submarinos. Esto significa que sin duda no continuará la ruinoso realización del TSR-2.

Esto no es más que una apreciación realista del lugar que ocupa Gran Bretaña en el seno de la Alianza Atlántica; Gran Bretaña se aproxima así al puesto de Italia o de Alemania y abandona su pretensión a un lugar especial en razón de su estatuto nuclear privilegiado. Pero los líderes laboristas no difieren de los conservadores en cuanto a su fidelidad a la OTAN y a la alianza americana. De hecho los laboristas han proclamado muchas veces que serían para los Estados Unidos mejores aliados que los conservadores, precisamente porque abandonarían las pretensiones nucleares británicas y servirían mejor a la OTAN consolidando el armamento británico "convencional".

Las implicaciones de este compromiso no han sido medidas en absoluto por los líderes laboristas. Sin embargo, la adhesión a la alianza atlántica significa que Gran Bretaña, bajo un gobierno laborista, estaría estrictamente controlada en su política por la actitud y los deseos de su oponente atlántico. Así pues, M. Wilson ha manifestado una decidida oposición a la proliferación de las armas nucleares y en particular a toda clase de armamento nuclear o de control nuclear directo o indirecto por parte de la Alemania federal. El partido laborista se ha opuesto a la proposición americana de una fuerza nuclear multilateral, pero numerosos indicios dan a entender que una fuerte presión por parte de los americanos podría hacerle revisar su actitud.

La alianza americana impondría naturalmente a un gobierno laborista ciertos límites en otros terrenos. El partido laborista ha dicho que quiere actuar más rápida y radicalmente en la vía hacia el desarme; y Mr. Wilson ha afirmado que tendría un ministro de Desarme. Pero cuál sería la tarea de dicho Ministerio no está del todo clara, puesto que las iniciativas británicas deberían ser rubricadas por los americanos y sin duda no serían impuestas en caso de oposición de los aliados. Lo mismo ocurriría con muchas de las otras proposiciones laboristas; por ej., con esa variante del Plan Rapacki para la neutralización de Europa central que ha formado parte durante mucho tiempo del programa laborista. Por otra parte, a pesar de

la política actual de coexistencia pacífica entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, un gobierno laborista se encuentra como aliado de un país cuyo objetivo principal, es favorecer y apoyar, en nombre del anticomunismo, los regímenes más reaccionarios y más corrompidos del mundo. Sin duda alguna el gobierno laborista trataría de "moderar" a los Estados Unidos en época de crisis. Pero esta clase de intervenciones, aparte su problemática eficacia, no favorecen en absoluto al rol positivo y progresista que los líderes laboristas quieren que adopte su gobierno dentro de la política mundial. Por ahora, nada indica que quieran hacer el menor gesto hacia lo que podríamos llamar un gaullismo de izquierdas. En cuanto a la posición de un gobierno laborista sobre el problema de las zonas de interés específicamente británicas, como las zonas petrolíferas del Oriente medio, nada hace suponer tampoco una intención de alejarse gran cosa de la política tradicional. A lo largo de un pasado reciente, los líderes británicos han insistido mucho sobre su adhesión al Commonwealth y su simpatía por los países subdesarrollados del tercer mundo. Pero sus proyectos concretos, la nueva política inspirada en esta simpatía, permanecen aún envueltos en completa oscuridad.

He aquí, pues, un esquema muy sumario de la política, del programa y de las proposiciones laboristas. Debería bastar a indicar los cauces probables de la acción de un gobierno laborista. La cuestión planteada no es naturalmente la de saber si será socialista o no. No es aquí donde se sitúa la alternativa política. Se trata de saber si un gobierno laborista, dentro de los límites no socialistas que se ha impuesto, realizará su programa hasta el límite de lo posible, abriendo con ello el camino a otros progresos más radicales. O bien si preferirá confinarse en un estrecho campo de acción determinado menos por sí mismo que por sus adversarios.

No sería oportuno dejarse llevar a extremos de optimismo o de pesimismo, aunque no sea más que porque alguno de los elementos principales que determinarán la respuesta no son aún conocidos. Uno de estos elementos es la distribución de las fuerzas dentro del movimiento laborista mientras dure el gobierno del partido y la influencia respectiva de las facciones.

Lo que podemos decir desde ahora, en cuanto a la izquierda, no es muy alentador. En primer lugar, no hay que olvidar que, aparte del propio M. Wilson, casi todos los puestos de mando del partido están en manos de hombres que pertenecen a la derecha del mismo. Un gobierno laborista estaría sin duda alguna constituido en su mayoría por hombres de las derechas y el centro, con escasos representantes de la izquierda, más o menos auténticos. La izquierda no ha formado nunca parte sustancial de los gobiernos laboristas e igual ocurrirá sin ninguna duda esta vez. Es poco probable que solos los méritos del programa de la izquierda sean suficientes para que éste sea adoptado por un gobierno laborista.

Naturalmente cuenta también el propio Wilson, que no pertenece a la derecha y que se ha enfrentado a la oposición de la mayoría de sus colegas inmediatos antes de constituirse en líder del partido. El laborismo de Mr. Wilson se ha manifestado en diversas declaraciones y él mismo ha afirmado en numerosas ocasiones que se situaba ligeramente a la izquierda del centro. No es fácil traducir esta postura en términos específicamente políticos. Como primer ministro, Mr. Wilson dominaría a sus colegas y tendría poder su-

ficiente para practicar una política personal, pero un Primer Ministro británico no tiene todavía, frente a sus colegas, la situación privilegiada del Presidente americano, y Mr. Wilson no podría sin notable riesgo, pasar por alto la actitud deseada por su gabinete. Y tampoco es cierto que en algunos aspectos desea una independencia total. Su política deberá de todos modos adoptar un matiz: una posición ligeramente desviada a la izquierda puede tener sentido para la elaboración del programa; pero cuando llegamos a la política concreta es preciso elegir, ya sea en sentido radical o en el ortodoxo. Mr. Wilson será probablemente objeto de presiones que tratarán de orientarlo hacia la segunda solución: el partido ejercerá gran número de influencias, sin contar las presiones que el conservadurismo es capaz de ejercer, esté o no en el gobierno.

¿Qué presiones serían ejercidas por parte de la izquierda sobre un gobierno laborista?

La izquierda laborista se ha mostrado de hecho poco combativa desde la llegada de Mr. Wilson a la dirección del partido en febrero de 1963. Hugh Gaitskell le había asestado una amarga derrota tanto sobre el programa interior como en el extranjero. Ante la proximidad de las elecciones generales, al ser cada vez más seria la probabilidad de una victoria, la izquierda laborista en los Comunes, en las secciones locales, en los sindicatos, renunció sin dificultad a ejercer la función de un elemento de presión distinto dentro del movimiento laborista, hasta tal punto que se la creyó muerta. De hecho no es así. La izquierda pervive, como forma de espíritu, como tendencia, como esperanza. En el Parlamento se verá reforzada con los nuevos miembros elegidos del próximo octubre. Se beneficiará también con el crecimiento de un radicalismo político, dentro y fuera del partido laborista, que la llegada al poder de un gobierno laborista provocaría inevitablemente. Por otro lado conserva también sus tradicionales posiciones de fuerza e influencia en los sindicatos y secciones locales.

Además es cierto que frente a la dirección y política laboristas, la izquierda no constituye una fuerza organizada, y no tiene cohesión ni de programa, ni ideológica. Su influencia será, pues, según todas las previsiones, bastante débil, por lo menos en la etapa inicial del próximo gobierno laborista.

La perspectiva no es brillante. No se dirá nunca suficientemente que un gobierno laborista será radical en la medida en que la izquierda dentro del movimiento y en el parlamento le obligue a serlo. A falta de una presión por parte de la izquierda obrera y política, sería hacer prueba de demasiado optimismo esperar que un gobierno laborista explote al máximo sus posibilidades o cumpla su propio programa. Mucho depende del momento en que la izquierda haga sentir su influencia y con qué fuerza. Aquí reside sin duda el secreto del próximo gobierno laborista.

(Traducción de M. ROLLAND)